

Tsunami: Exigencia de conversión

Cuando el domingo 26 de diciembre me enteré de la tragedia, me quedé sin palabras. Una idea me vino a la mente con fuerza: qué decir en la homilía de fin de año, en que se suele dar gradas a Dios por el año que termina, y sólo se me ocurrió guardar silencio. En este comentario voy a decir unas breves y modestas palabras, sin duda limitadas y, algunas, también imprecisas. En primer lugar, recordaré algunos datos, y después haré algunas reflexiones sobre Dios y el ser humano.

Algunos datos

1. Algunos hablan de la mayor catástrofe natural de los últimos tiempos –y eso es lenguaje poderoso. Estamos acostumbrados a un mundo plagado de crueldad por terremotos e inundaciones, y por lo que hacemos los seres humanos, Hiroshima hace medio siglo, República del Congo, Afganistán e Irak estos días. Y sin embargo, el tsunami, quizás por aparecer con mayor detalle en televisión, nos sacude como algo realmente cruel. El cadáver de un hombre que, cuando se fueron las olas, queda empotrado en una roca, un matrimonio que tiene que elegir entre salvar a uno de sus dos hijos, los miles de cadáveres echados, sin muchos miramientos, a fosas comunes, dicen más que mil palabras.

Los datos no son precisos, pero se habla de alrededor de 160 mil muertos, más miles de desaparecidos, número que pudiera doblarse si brotan epidemias. La zona del maremoto es muy pobre, algunos de sus poblados son de los más pobres del planeta, y el número de damnificados que se han quedado sin nada alcanza los 5 millones, y una tercera parte son niños. La tragedia es total. Muchos se han quedado sin padre, sin madre, sin hijos, sin hijas, sin esposo, sin esposa, sin hermanos, sin hermanas... Sin casa, sin cama, sin ropa, a veces sin tener dónde ir...

Se necesitan urgentemente alimentos, medicinas y agua potable, pero el acceso a los damnificados no es fácil. Muchas de las carreteras son malas, y el lodo hace difícil transitar por ellas. Pasa el tiempo y muchos no pueden esperar más.

Surgen los problemas legales, cómo verificar la identidad de algunos cadáveres y de los desaparecidos. Y se agudizan los sufrimientos humanos: cómo llegar a aceptar que los desaparecidos no aparecerán –tragedia que tan en carne viva se vivió en El Salvador durante la represión y la guerra.

La necesidad, en su expresión más desesperada, hace que brote también la crueldad fruto de la desesperación. Hay pillaje para sobrevivir. Y según algunas fuentes noticiosas, se buscan cadáveres para arrancarles las alhajas, o para entregarlos, por dinero, a sus familiares. Alrededor de un millón de niños están en peligro de hambre y enfermedades, y pueden ser objeto de abusos y de secuestros para ser vendidos –lo que ya ocurre en algunas regiones del sudeste asiático.

Esta realidad es dantesca. En lenguaje cristiano, los pueblos del sudeste de Asia son hoy “pueblos, verdaderamente, crucificados”. Para todos, y ciertamente para los cristianos, debe ser una sacudida a desvivimos para bajarlos de la cruz.

2. Como toda catástrofe –así como los cementerios–, el tsunami ofrece una radiografía de nuestra realidad. Nos queremos fijar sólo en una cosa: el contraste insultante entre los seres humanos.

Bien está que europeos y norteamericanos pasen sus vacaciones en lugares bellos, exóticos y a precios asequibles. Muchos de ellos estaban en el sudeste de Asia. Pero para comprender a nuestro mundo, es importante caer en la cuenta que eso no ocurre al revés: dalits, thais, tagalos, no pasan vacaciones en Boston, Madrid o Londres. Y nadie

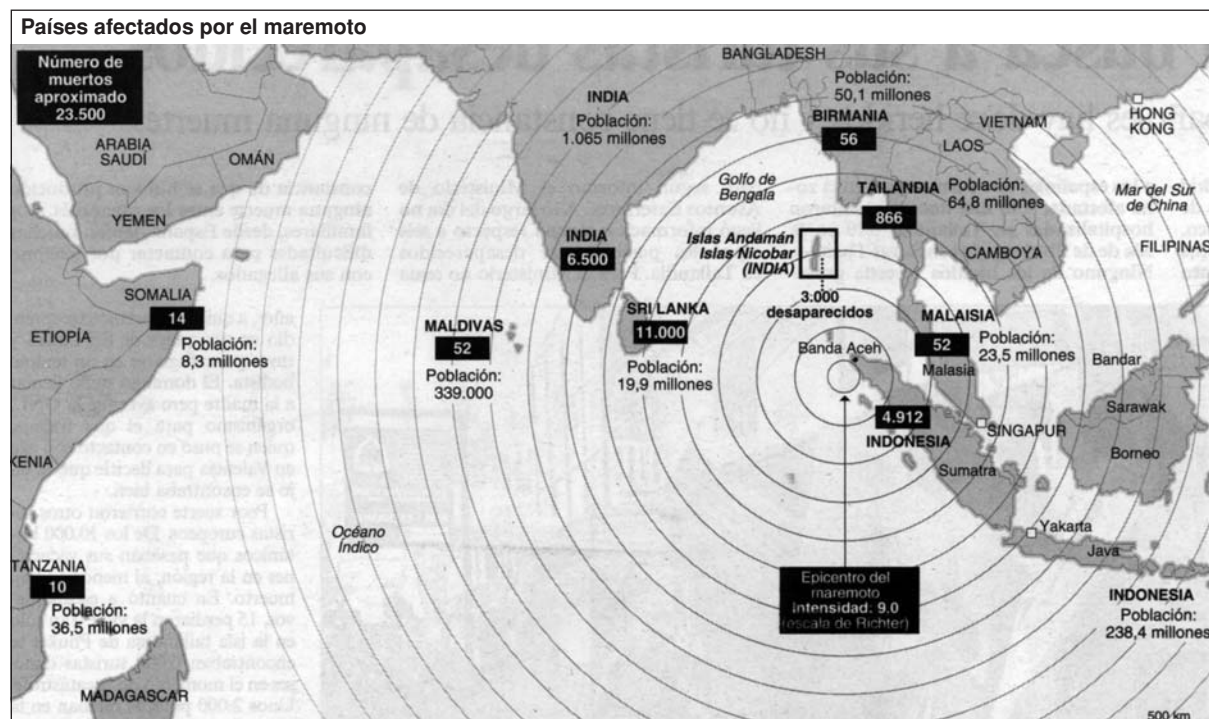
se extraña, pues el mundo es mucho más de y para unos que de y para otros.

Las noticias han informado de los centenares —o algunos miles— de muertos y desaparecidos de personas del primer mundo. Hablamos con sumo respeto y suma delicadeza de esas víctimas, como de cualquier otra, pero algo hay que añadir. La televisión ha mostrado escenas en hospitales donde se recuperan los supervivientes europeos, pero mucho más, proporcionalmente, de lo que han mostrado la suerte de miles de heridos y damnificados del lugar.

Que la televisión de Europa y Estados Unidos actúe así es comprensible, pues así son las cosas, pero hay que caer en la cuenta de que, de esa forma, los medios no comunican lo más real de lo real, los pueblos crucificados. Y tampoco acaba de desaparecer el presupuesto con el que opera la industria de la información: la verdadera noticia tiene como protagonista a “nuestro mundo occidental, democrático, industrial y próspero”, en definitiva, “a nosotros”. Según una sencilla revista de misiones, diez segundos del secuestro de un blanco vale, mediáticamente, lo mismo que la suerte de diez mil africanos. Es el encubrimiento de la realidad que denuncia la teología de Pablo (Rom 1, 18ss) y la teología de Juan (Jn 8, 44) —y que sospecha cualquier ser humano.

No queremos aprovecharnos de tan trágica situación para denunciar a Occidente, pero con el tsunami aparece también lo que se tiene como dogma: el destino de Occidente es el buen vivir y el de los países pobres es ayudarles a ese buen vivir. Los países pobres son los que “salvan” a los países ricos. “Salvación” son las materias primas de las que aquéllos con frecuencia se apoderan violentamente —en la República Democrática del Congo se apoderan del coltán, promoviendo para ello una guerra que ha causado cuatro millones de muertos en seis años. Y “salvación” son los lugares de turismo a bajo precio. Hoy se habla de “la industria del turismo”, y de ella viven, como mano de obra barata, muchos pobres. Por eso éstos se alegran de que exista tal turismo y ahora quieren que se reconstruyan cuanto antes hoteles y balnearios destruidos —es absolutamente comprensible y ojala sus esperanzas tengan éxito. Pero no deja de dar algo —o mucho— de vergüenza que la humanidad no haya puesto a funcionar su inteligencia para encontrar soluciones más justas, más fraternas y solidarias a los problemas de los países pobres. Las maquilas son otro ejemplo.

Además, el primer mundo tiene recursos, conocimientos y tecnología para minimizar las consecuencias de las catástrofes en los



países pobres. El terremoto de El Salvador de 2001 ocasionó unas 1.150 víctimas, y los expertos dijeron que en Suiza sólo hubiera habido 5 o 6 muertos. Es una muestra más del déficit de ética de Occidente en su relación con el Sur. Esto se ha querido reparar en la reunión de Yakarta. Ojala sea así.

En definitiva, lo que es bien sabido, pero cuidadosamente ocultado, vuelve a salir a la luz en el tsunami: los pueblos pobres son los que *siempre* cargan mayoritariamente con los males de este mundo. En lenguaje cristiano “son los que completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo”.

3. Hay promesas de ayuda. Naciones Unidas habla de una ayuda sin precedentes: 3.500 millones de dólares. Australia ha ofrecido 750 millones, Japón 500, la Unión Europea 350. Lo de Estados Unidos merece mención especial. El presidente Bush mantuvo silencio durante los tres primeros días, y después ofreció 15 millones –su inauguración presidencial costó la mitad de esa suma. Para entonces la Conferencia Episcopal ya se había comprometido a recoger 25 millones, y Bush tuvo que superar la cifra. Ofreció 35 millones. El New York Times lo tildó de “mezquino”, y ahora ofrece 350 millones. Recuérdese que la guerra en Irak ha costado ya 130.000 millones de dólares, y el congreso espera que la Casa Blanca solicitará este año unos 100.000 millones más para las operaciones militares en Irak y Afganistán.

Por lo que toca a España, la ayuda oficial prometida asciende a unos 65 millones de dólares, pero Intermon Oxfam denuncia que, de éstos, menos del 10% serán donación y más del 90% serán créditos.

Los grandes se han mostrado educados –y algunos suponemos que sinceramente consternados– ante la catástrofe. Pero a veces dicen cosas que no se deben decir. Según el analista Bigio “el 28 de diciembre Blair consideraba que estos hechos no ameritaban que suspenda las vacaciones”. Esperamos que no esté bien informado, aunque no se puede dudar de lo que añade: “la ayuda que daba su país, el reino Unido, a los damnificados era inferior a lo que costó un misil en la guerra de Irak”. En la reunión de Yakarta, Colin Powell, entonces secretario de Estado de Estados Unidos, dijo que, aunque ha estado en situaciones y guerras muy duras,

nunca había visto tamaña tragedia –lo cual suena a sarcasmo cuando él es co-responsable político de los horrores de Afganistán e Irak, directamente causados por su país. Y cuando, como ayuda a la tragedia del tsunami, su país en un primer momento, sólo había ofrecido una ayuda equivalente a una hora de bombardeos contra Bagdad.

4. Terminamos con el lado humano de la ayuda. En el primer mundo muchas personas están siendo generosas, aunque no puede faltar la contumaz codicia de los bancos que no perdonan las tarifas que cobran por hacer transferencias, ni siquiera ante esta catástrofe. Recuerda lo que dice Jesús en la parábola del ricachón y del pobre Lázaro. Estas cosas no cambian “ni aunque un muerto resucite”.

Lo mejor de la solidaridad lo han mostrado personas y colectivos, médicos que han trabajado 24 horas al día, bomberos que ayudan en lugares peligrosos, los topes mexicanos expertos en buscar supervivientes entre ruinas... Y cuentan que varios de los europeos que han ido a buscar a sus familiares se han quedado para ayudar.

Parece que las Iglesias también han quedado impactadas, y han tenido que leer, como por necesidad, y poner en práctica “la parábola del buen samaritano”. Juan Pablo II, casi sin poder hablar, habló diariamente del tsunami y de la obligación de ayudar a las víctimas –así como ha criticado permanentemente las catástrofes históricas, las dos guerras de Irak, la de Afganistán. Y hay muchas iniciativas generosas.

Creo que mucha gente –no necesariamente los gobiernos– están actuando según la advertencia del evangelio: “que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha” –aunque en estos casos no suele ser mala cosa que se sepa lo que dan unos para que todos se animen a dar, aunque no sea más que por pudor. En cualquier caso, mucha solidaridad permanecerá anónima, y será más valiosa y humana.

Lo que no se escucha tan claramente es otra palabra de Jesús, cuando miraba a quienes echaban limosnas en el templo: “los de la bolsa llena, han dado de lo que les sobra, pero esta mujer, la de los centavitos, ha dado más que nadie, porque ha dado de lo que le falta”. Lo primero es ayuda lo segundo es



solidaridad. La mujer ha reaccionado desde el fondo de su ser.

Hay gente, pues, que se ha dejado afectar por la tragedia, y ésta les ha hecho cambiar “en lo escondido”. Quizás tienen ahora nuevos ojos para ver lo que no veían antes, una razón lúcida para dejar de verse como centro de la humanidad, y una razón compasiva, un corazón nuevo –de carne– para superar la insensibilidad del corazón de piedra. Eso va más allá de la ayuda que dan. Cuántos y cuántas se han de dejado afectar así, no se sabe. Pero en ellos está la esperanza de enrumbar humanamente a nuestro Occidente egoísta, en solidaridad con los pobres de este mundo y en el modo humano de vivirla.

Algunas reflexiones

¿Qué es lo más real tras todos estos datos y cifras? ¿Qué es lo que nos exige esta realidad? ¿Puede surgir de ella algo bueno? Digamos una palabra sobre ello, dejando hablar a los que viven en lugares de catástrofes.

1. Sea lo primero apuntar al dinamismo en el que nos debemos encarnar: *tragedia, sufrimiento, compasión y esperanza*. Y valga por muchos testimonios lo que nos escribe el 29 de diciembre un gran amigo de la India, Félix Wilfred, sacerdote y conocido teólogo, que vive en Madrás:

“No hay palabras para describir la magnitud de la tragedia, con la pérdida de tantas

vidas preciosas y tantos destrozos materiales. La gente está inconsolable. La mayoría de las víctimas han sido mujeres y niños. La noche del mismo día del tsunami enterré a un niño de dos meses. Se le cayó de las manos a su mamá, cuando ésta tropezó tratando de huir de las gigantescas olas. Fue tragada por el mar.

He visitado varios poblados de la costa y he visto escombros por todas partes, lanchas y *catamarans* hechos pedazos, y cadáveres sobre la arena de las playas. En un hospital cercano, los quejidos y el llanto de la gente, al reconocer los cuerpos de sus seres queridos, partían el alma. Por temor a quedar atrapados por otra tragedia, durante la noche mucha gente de los tugurios está durmiendo aquí en el campus de la universidad, un lugar un poco elevado sobre el nivel de mar.

Muchos grupos y organizaciones de voluntarios trabajan sin cesar. Incluso 48 horas después del desastre, han podido arrancar al mar, vivos, a varios niños.

A pesar de tanta tragedia, Dios nos concede el don precioso del tiempo. Nos podemos preocupar de los demás y dar esperanza a las víctimas. Esperanza y consuelo es lo que en este momento más necesitan las víctimas.

Que el nuevo año sea para todos un año de Esperanza y Consuelo”.

2. Puede parecer increíble, sin ninguna lógica, y pensarán algunos que sólo “hacemos de la necesidad virtud”, pero es verdad. En medio de esas inmensas tragedias surge la vida con una fuerza incomparable. Me impactó ver, una semana después de la tragedia, a unos muchachos jóvenes de Sri Lanka, reconstruyendo una pequeña vivienda y sonriendo. Los “pueblos crucificados” son portadores de vida.

Para “conceptualizar” esa decisión en favor de la vida, durante el terremoto de El Salvador en el 2001 se me ocurrió llamarla “santidad primordial”: el desfile de gentes tratando de sobrevivir, mujeres con “los restos de la casa” sobre su cabeza y con niños agarrados de sus manos, otras mujeres cocinando y compartiendo lo poco que el terremoto había dejado, hombres removiendo con baldes montañas de tierra para rescatar a seres humanos soterrados... La misma sensación tuve al ver a la gente de Mozambique

con las manos levantadas hacia helicópteros que sobrevolaban la isla y que eran el único medio de salir de ella después de la gran inundación que sufrió el mismo año.

Pienso que estamos ante algo último, que se pasa por alto en los países de abundancia. Si se me permite una palabra un poco más técnica, sobre esa santidad no se pregunta uno qué hay de libertad o de necesidad, de virtud o de obligación, de gracia o de mérito. Obviamente no tiene por qué ser la santidad que va acompañada de virtudes heroicas, y que es exigida en las canonizaciones, sino la que se expresa en una vida cotidianamente heroica. Esos hombres y mujeres no hacen milagros, entendidos como violación de las leyes de la naturaleza, pero dicho sin ninguna retórica, hacen milagros que violan las leyes de la historia; el gran milagro de sobrevivir en un mundo que les es grandemente hostil.

Algo parecido acabo de leer en una entrevista que le hicieron a Ignasi Carreras, director durante 10 años de Intermon Oxfam. Con mucha ciencia acumulada dice que “al final siempre son las personas las que salvan las situaciones más terribles”. Y pone el ejemplo de Jules, de Rwanda. Su historia es espeluznante. Mataron a toda su familia, su mujer y seis hijos, y pasó mucho tiempo completamente ido. Pero volvió al trabajo, precisamente cuando los refugiados de Goma regresaban a Rwanda, y algunos de ellos eran los asesinos de su familia. Y cuando Ignasi Carreras le preguntó cómo vivía en esa situación, contestó: “Mal. Pero soy consciente de que si no soy capaz de perdonar a esta gente nunca podré conciliarme conmigo mismo”.

No sé cómo son las cosas en el sudeste de Asia, pero estoy seguro de que hay mucho de eso que he llamado santidad primordial. Como dice un gran amigo Jesuita de Sri Lanka, Aloysius Pieris, en los pobres está la reserva de la vida –y, añade, “la salvación de los ricos”. Félix Wilfred escribe: “a pesar de su pobreza y la pérdida de todo, las víctimas no han perdido el sentido de dignidad”.

3. Digamos ahora, una palabra sobre Dios. Ante las catástrofes y el mal en el mundo muchos han cuestionado a Dios a lo largo de la historia. “¿Puede Dios evitar el mal, quiere evitarlo?” Con el terremoto de Lisboa de 1775 Voltaire se hizo muy en serio la pregunta. Y no bastan respuestas simples, baratas. En la

novela del genial Dostoiweski *Los hermanos Karamazof* Ivan dice que mientras sufran niños inocentes no le interesa Dios ni su cielo, aunque en él se repare el sufrimiento de esos niños.

Y también la gente sencilla se hace a veces la pregunta. En medio de la represión, campesinos salvadoreños preguntaban al sacerdote que les acompañaba: “Cuántas veces no decimos que Dios actúa en nuestra historia. Pero, Padre, y si actúa, ¿cuándo acaba esto? ¿Y tantos años de guerra, y tantos miles de muertos? ¿Qué pasa con Dios?”

Volvamos al tsunami. ¿Qué hacía Dios? ¿Por qué no lo evitó?. Para ser sincero he de decir que espontáneamente me vinieron a la mente las palabras de Yahvé a Job cuando éste se quejaba de los males que le sobrevinían. Job preguntaba por qué, y Dios le quería cerrar la boca con estas palabras: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?... ¿Quién encerró el mar con doble puerta cuando del seno materno salía borbotando?” (Job 38, 4.8). Sin querer sonar impertinente en momento tan trágico, pensé: “No parece que la doble puerta funcionó”.

La fe puede seguir adelante, y sigue adelante. Esa es mi convicción personal. Pero a condición, pienso yo, de no asumir a un Dios todopoderoso, siempre y en todo, milagrero, a nuestro servicio, sino de mantenerlo como el misterio hacia el que caminamos con humildad y en oscuridad, aunque en definitiva con esperanza. Si se me permite una reflexión personal, pienso que esa fe debiera estar hecha de varios elementos, como lo escribí hace algunos años: “El primero es la *indignación* por causa del sufrimiento humano, dejando que se mantenga irrecuperable algo de esa indignación (que puede ser contra lo que hacen los seres humanos o contra lo que deja de hacer Dios). El segundo es el momento utópico de *esperanza* de que Dios –con o sin poder para superar el mal– tenga poder para mantener al ser humano en su esperanza, “a pesar de todo”, y en su praxis de “revertir la historia”. Por último la decisión a practicar la justicia y la ternura, y a *caminar* en la historia con Dios, humildemente, en oscuridad y con protestas, pero caminando *siempre*”.

Algunos dan un paso más y tienen la audacia de pensar –así lo hacía Monseñor

Romero, Ignacio Ellacuría— que el mismo Dios estuvo en Auschwitz, en El Mozote y ahora en India, Sumatra, Sri Lanka, Indonesia, así como Pablo proclama que Dios estaba en la cruz reconciliándolo todo, y Marcos viene a decir que en la cruz Dios sufre el abandono de Jesús, el Hijo.

En cualquier caso, la fe en Dios no puede ser real al margen del escándalo del sufrimiento del inocente, sino a través de él. Entonces puede brotar la fe como milagro inesperado e inmerecido. Más aún, a veces ocurre un milagro mayor: ese Dios silencioso sigue produciendo ánimo y esperanza en medio del sufrimiento.

4. “Dios no puede ser indiferente”, acabamos de escuchar. Para terminar nos preguntamos qué significa para *nosotros* no ser indiferentes. Quiero concentrarlo en una sola cosa: la “conversión” sin escapatoria. Y quiero proponerla ante todo como la *metanoía* de que nos habla el evangelio: cambiar de mente. Bien están las ayudas, pero lo que se nos pide es un cambio mucho más profundo y radical.

El término está desterrado del Occidente democrático. Escuchando noticias de España se oye con frecuencia —después de informar de opiniones distintas— una expresión ya consagrada: “el *debate* está servido”, es decir, “el debate se impone”. Sin embargo, después de informar de tragedias que hacemos los seres humanos, el locutor de turno no dice: “la *conversión* está servida”, “la conversión se impone”. Y esa conversión es lo que más necesitamos. En este contexto, vuelvo a citar a Félix Wilfred. No propone a Occidente un “debate”, sino algo que no admite debate, pero que sí exige conversión. Escribe:

“Temo que la solidaridad de estos días pronto morirá cuando los medios dirijan su atención a otras cosas. Y además hay otros problemas. Por ejemplo, uno de los doctores preguntaba cómo poder decir a una superviviente que ha perdido a toda su familia y que ha quedado sin casa, que debe hervir el agua para beber. Estas explicaciones del médico son bien intencionadas y necesarias, pero muestran que las víctimas no deben quedar convertidas en objeto de ayuda y caridad.

Lo que he notado es que, a pesar de su pobreza y la pérdida de todo, las víctimas no han perdido el sentido de dignidad. Quieren

ser tratadas con respeto. Por eso, cuando personas de la clase media y alta quisieron expresar su solidaridad donando ropa vieja, en muchos lugares las víctimas no la aceptaron. Los pobres no deben ser tratados como basura.

Algo muy consolador es la ayuda que está llegando de las diferentes partes de la India. Me he quedado sorprendido de las grandes sumas de dinero que están donando, y veo con sorpresa que la India tiene muchos recursos, a diferencia del pasado, cuando dependía de ayuda del exterior en tiempos de emergencia. Pero lo fundamental sigue siendo cómo canalizar este torrente de simpatía y asistencia para ayudar a las víctimas a que ellas construyan su propio futuro”.

El tsunami exige radicalmente a todos, ciertamente a Occidente, una conversión. Por eso me ha encantado la pregunta que se ha hecho Ruiz Gallardón, alcalde de Madrid, ante el tsunami: “¿hemos hecho algo mal?”, a la que González Faus añade esta otra: “¿qué está fallando en nuestra razón?”. Son preguntas alrededor de la conversión.

En mi opinión, la raíz más profunda del “mal que hacemos” y del “falta de nuestra razón” es no aceptar a las víctimas en su propia realidad y dignidad, no aceptar que las víctimas construyan su futuro, pues nosotros sabemos mejor que ellas cuál debe ser, no estar abiertos a recibir de ellas, sino a lo sumo a dar a ellas, no gozar y alegrarnos de ser hermanos y hermanas con ellas. En el fondo, la conversión tiene que ver centralmente con la ignorancia, la insensibilidad, la prepotencia y el desprecio hacia los pobres de este mundo. Después, por supuesto, viene la ayuda, y ojala la verdad y la justicia. El lector cristiano podrá entender que entendemos por “conversión” ante todo revertir la parábola del ricachón y el pobre Lázaro.

Ojala el tsunami nos afecte de esa forma. Si no es así, pronto se perderá en un horizonte distante y sin semblante, y la humanidad seguirá como hasta ahora. Pero si nos hemos dejado afectar en serio, entonces la humanidad se pondrá en un camino de fraternidad. El tsunami nos convertirá, nos hará “otros”, y podremos ser “hermanas y hermanos”.

JON SOBRINO, 2005